

EL MANUSCRITO  
DE  
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES.

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas.

---

Entregas 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63 y 64.

---

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, núm. 14.

1872.

Cuaderno noveno de ocho entregas.

L47  
2225

EL MANUSCRITO

# UNA MADRE.

NOVELA EN CUATRO TOMOS

ENRIQUE PÉREZ ESCOBAR

ILUSTRADA CON LAMINAS TRAZADAS A PLUMA Y DIBUJADAS

D. Basilio Planas

Entregas de 58, 59, 60, 61, 62, 63 y 64

MADRID.

DE LA LIBRERÍA DE ESPAÑA Y EXTRANJERA.

Calle de las Escuelas, número 12.

1873.

Cuadernos noveno de ocho entregas.

El marqués hizo un gesto de disgusto, y cogiendo cariñosamente una de las manos de su hija, le dijo:

—Supongo, Beatriz, que no será tan grande tu pasión por el vizconde que te sea muy doloroso el romper con él.

—No comprendo esa pregunta, padre mio... ¿No cree usted digno de mi mano al vizconde?...

—¡Oh! en cuanto á eso, ya sé yo que el vizconde pertenece á una buena familia y que es tan rico como tú, pero yo habia ofrecido tu mano á un compañero de armas y no me parece oportuno retirar mi palabra.

—¿Y quién es ese hombre que no conozco?

—Sí le conoces, pues le has visto mas de una vez en casa.

—¿Cuál es su nombre?

—Es el brigadier Lostan, que en breve será general y ministro de la guerra.

—¡Ah! es Lostan.

—El mismo.

Y como Beatriz guardase silencio inclinando sobre el pecho la frente, su padre volvió á decirle:

—Lostan es un valiente militar que ha hecho una carrera gloriosa durante la guerra con la espada en la mano y que el nuevo campo para el de la política le será tambien provechoso. Te ama, pero le inspiras tanto respeto que ni siquiera se atreve á dirigirte la palabra porque teme ofenderte. Yo le he ofrecido tu mano como galardón del gran servicio que me ha prestado derribando á un Gobierno que me postergaba. Ya comprendes que no debo volverme atrás.

Beatriz continuó callada, su alma sostenia una lucha secreta, Lostan le parecia mas hermoso, mas varonil, mas brillante, por decirlo así, pero habia comenzado á sentir alguna inclinacion por el vizconde.

Sin embargo, Beatriz no sentia una de esas pasiones irresistibles y que atropellan por todo hácia el vizconde, y se contentó con decirle á su padre, que como buena hija, su obligacion era obedecer.

Aquella misma noche el vizconde vió en el teatro de la ópera á Beatriz y subió á su palco. La marquesa del Radio era una buena y pobre señora, de inteligencia no muy clara. No se entrometia en nada de la casa, era un autómatas sin voluntad propia, solo sabia sonreirse, pero en su sonrisa habia algo de imbecilidad. La marquesa tenia además otro gran defecto para vivir en sociedad y ser madre: se dormia con increíble facilidad; era el sueño para ella tan irresistible, que ya muchos sospechaban que fuera una enfermedad ó por lo menos el preludio de una congestion cerebral, porque estaba bastante gruesa y tenia el cuello muy corto.

El vizconde, al entrar en el palco, saludó á la marquesa, y luego sentándose cerca de Beatriz, comenzó á hablar con ella en voz baja.

Ni el vizconde ni Beatriz se apercibieron de que un caballero alto, moreno, de franca y espresiva fisonomía, de largo y poblado bigote, que llevaba una cruz roja en el ojal del frac, no les quitaba los gemelos.

Aquel hombre era el brigadier Pedro Lostan.

—Tengo que darle á usted una mala noticia,—dijo Beatriz en voz baja al vizconde.

—¡Mala noticia! pues yo pensaba que seria buena, porque se me ha dicho que esta mañana ha llegado su padre de usted.

—Efectivamente ha llegado.

—Pues entonces, mañana mismo iré mi padre á pedirle la mano de su hija.

Beatriz suspiró porque siempre causa trabajo dar un disgusto al hombre que nos es simpático.

—¿Por qué suspira usted?—preguntó el vizconde un tanto sobresaltado.

—Porque mi padre, aunque lo siente con toda su alma, se verá precisado á negarle á usted mi mano.

El vizconde hizo un movimiento de sorpresa.

—¿Pero no me ama usted?—preguntó.

—Sí, pero debo obediencia al autor de mis dias.

—¡Cómo! ¿el señor marqués del Radio no me cree bastante digno para concederme la mano de su hija?

—No es eso, Fernando.

—Entonces...

—Una casualidad fatal imposibilita nuestro casamiento.

—Ruego á usted, señorita, que tenga la bondad de explicarse,—añadió el vizconde, que apenas podia darse cuenta de lo que oia.

—Mi padre, que ignoraba las pretensiones de usted, ha ofrecido mi mano á otro empeñando su palabra de honor.

—¡Ah! ¿y quién es ese sér afortunado que, sin dirigir ni una palabra ni una mirada á la mujer que codicia, le conceden su mano? ¿Le conoce usted por ventura?

—Le he visto en mi casa alguna que otra vez.

—Pero usted ignoraba...

—¿Me cree usted capaz de una farsa ridícula?—contestó con altivez Beatriz levantando la frente.

—No, Beatriz, no, y precisamente una de las condiciones por la que toda mi familia estaba gustosa en este matrimonio era porque hemos adivinado en su alma de usted la gravedad de la virtud; pero permítame usted que me asombre viendo levantarse ante mí un obstáculo precisamente cuando yo creía que nada se opondría á mi dicha.

—Y tanto es así, Fernando, que apenas habian terminado los abrazos de alegría que me causó la llegada de mi padre, cuando le dije que usted me amaba y que sus padres le pedirían mi mano. Entonces el marqués hizo un gesto de disgusto y me dijo que le era muy sensible no acceder á los deseos de su amigo el conde de la Fé, pero que se habia comprometido con el brigadier don Pedro de Lostan.

—¿Y es Lostan el que ha pedido su mano de usted y á quien se la ha concedido el marqués del Radio?

—Sí, el mismo.

El cuerpo del vizconde sufrió un brusco y terrible sacudimiento, se quedó pálido como un cadáver y murmuró en voz baja:

—Siempre ese hombre robándome la felicidad... es

indispensable que yo le mate, puesto que los dos no cabemos en el mundo.

Beatriz oyó, aunque confusamente, aquellas palabras, que le causaron mucha estrañeza.

—¿Qué dice usted?—preguntó.

—Nada, señorita... me lamentaba de esa desgracia viéndome postergado á un militar de fortuna que siempre se halla dispuesto á pronunciarse para ganar un ascenso... y que no es difícil fusilar el día menos pensado.

El vizconde se levantó.

—¿Se marcha usted?

—Sí, necesito respirar el aire libre...

—¿Pero se va usted ofendido conmigo?

—Todo esto es culpa de mi mala suerte.

—¿Ha perdido usted la esperanza?

—Todo, señorita.

—Hace usted mal, porque yo aun tengo alguna.

El vizconde tendió una mano á Beatriz y dijo:

—Espero que si alguna de esas esperanzas se realizan (que lo dudo), tendrá usted la bondad de participármelo.

Y diciendo esto, salió del palco sin despedirse de la marquesa, que se habia quedado dormida.

Lostan habia robado al conde de la Fé su primer amor, la fatalidad le colocaba en su camino para robarle el segundo.

Todo el ódio, toda la rabia que rebosaba en el corazón del conde y que la muerte de Margarita habia ador-

mecido, se despertó mas potente, mas terrible que nunca.

Al salir del palco de Beatriz se dijo:

—Es preciso que yo mate á ese hombre ó que me mate él á mí.

Firmemente impresionado bajo esta idea, al llegar á su casa escribió la siguiente carta:

«Señor brigadier don Pedro de Lostan: por segunda vez le encuentro á usted en mi camino como una fatalidad que se complace en asesinar mi dicha. Yo conozco que usted será inocente de los males y desgracias que me causa, pero conozco al mismo tiempo que uno de los dos sobra en este mundo para que el otro pueda vivir en calma.

»Tratándose de un hombre como usted, creo que no habrá necesidad de un escándalo para que nos batamos á muerte, fingiendo un pretesto cualquiera á los padrinos, pues no es preciso que sepa Beatriz que fué usted el amante de Margarita.

»Mañana, pues, señor brigadier, tendré el honor de enviarle mis padrinos, á quienes daré la excusa de que usted se ha permitido juzgar de un modo inconveniente mis opiniones políticas.

»Aprovecha esta ocasion para ofrecerse de usted su respetuoso servidor.—El vizconde de la Fé.»

Pedro Lostan recibió esta carta la misma noche que nos ocupa, al llegar á su casa.

La leyó sin sobresaltarse, pues estaba acostumbrado á jugarse la vida, y encogiéndose de hombros, dijo:

—Este pobre vizconde está loco, se ha propuesto

sin duda que le mate, y no le tengo mala voluntad.

Después cenó como todas las noches, tomó café y se acostó, durmiendo perfectamente.

A las diez de la mañana su ayuda de cámara entró á decirle que dos caballeros deseaban verle de parte del vizconde de la Fé.

—¡Diablo!—dijo el brigadier,—habia olvidado ese negocio, voy á vestirme.

Lostan se vistió precipitadamente y salió al encuentro de los padrinos del vizconde.

—Pido á ustedes perdon, pues sabia que vendrian ustedes y me he dormido. Supongó que el señor vizconde habrá elegido el arma con que hemos de batirnos.

—Lo ha dejado á la eleccion de usted, brigadier,—dijo uno de los padrinos.

—Él es el ofendido.

—Usted elegirá las armas,—volvió á decir con gravedad.

—Entonces me permitirán ustedes que escriba dos letras á un amigo.

—Puede usted hacer lo que guste.

Lostan escribió á un coronel amigo suyo y entregó la carta á un criado para que la llevara inmediatamente.

—Pueden ustedes decir al señor vizconde que mañana á las ocho estaré esperando con mis padrinos en las Ventas de Alcorcon. Nos batiremos detrás de las tapias de la casa de campo, en el sitio que él elija; que lleve pistolas y sables, yo llevaré tambien esas mismas armas.

Al día siguiente, á la hora convenida, se hallaban en las Ventas del célebre tío Ventura, Lostan, el vizconde, los cuatro padrinos y un médico.

Los carruajes se quedaron en el camino real, cerca de las Ventas, y las personas indicadas siguieron á pié las tapias hasta llegar á la hondonada de la verja.

El vizconde abarcó con una mirada el terreno y dijo, señalando el grupo de espesos árboles que crecen acariciados por el arroyo:

—Allí.

Todos se dirigieron al sitio indicado.

Una pobre mujer lavaba sus trapos en el arroyo: era sin duda la dueña de un desmantelado ventorro que se hallaba como á unos veinte metros de aquel sitio.

Cuando pasaron aquellos señores, les dirigió una mirada tal vez de envidia, calculando que iban á almorzar al bosquecillo.

Uno de los padrinos, al pasar, le arrojó una moneda de plata, la mujer la recogió, quedando tan absorta que ni siquiera supo darle las gracias.

El médico caminaba el último: era uno de esos físicos de regimiento que habia encanecido en la guerra. Tenia gran costumbre de ver los horrores del campo de batalla, habia cortado por cientos brazos y piernas, pero tenia por la mayor estupidez el que dos individuos se batieran, porque nunca un duelo da el triunfo á la razon y á la justicia.

Internados en el bosquecillo, llegaron á un punto en que por sus condiciones era muy á propósito para batirse.

Mientras los testigos midieron el terreno y cargaron con religiosa escrupulosidad las pistolas, el general Lostan y el vizconde de la Fé permanecieron inmóviles esperando.

En el semblante de Lostan podia notarse el disgusto que aquel duelo le causaba. Tenia acreditado su valor y nadie podria tacharle de cobarde, pero juzgaba á su contrario como uno de esos perros rabiosos que están dispuestos á morder á todas horas.

El vizconde tenia el semblante lívido, los ojos brillantes como el calenturiento: odiaba de muerte á Lostan, que por dos veces se habia interpuesto en su camino para robarle su felicidad.

Pero la ira no es por cierto la mejor condicion para batirse; por grande que sea el valor del hombre, cuando se halla dominado por esa inquietud del espíritu que redobla los latidos del corazon y que ofusca las ideas, le falta la serenidad, que tantas veces proporciona la victoria.

Cuando estuvieron terminados todos esos preliminares de un duelo, que tantas veces hemos descrito y que hoy pasaremos por alto por no repetir lo mismo, los padrinos colocaron en su sitio á los adversarios, dándoles una pistola á cada uno.

Las condiciones del duelo eran las siguientes: á treinta pasos los dos primeros tiros, y si estos quedaban sin resultado, cada uno de los combatientes debia avanzar cinco pasos, repitiéndose la misma maniobra por tres veces.

Era indudable, pues, que con estas condiciones la bala tropezaria con el cuerpo.

El duelo no podia quedar en un simulacro, en un juego de pólvora; el médico, junto á un árbol, apoyada ligeramente la espalda en el tronco, demostraba con un fruncimiento marcado de cejas el mal efecto que aquella escena le producía.

La señal para disparar se habia convenido que fuesen tres palmadas.

El padrino encargado de hacer la señal dió una palmada: los dos antagonistas se prepararon.

Poco despues se oyeron dos detonaciones y el vizconde de la Fé caía desplomado al suelo como si le hubiese herido un rayo.

El brigadier Lostan, al ver caer á su contrario, arrojó con disgusto lejos de sí la pistola y murmuró en voz baja:

—Ese hombre se ha propuesto que le mate y creo que por fin lo ha conseguido.

El médico corrió junto al vizconde de la Fé, reconoció la herida rápidamente é hizo un movimiento de disgusto con la cabeza. La bala habia penetrado entre la tercera y cuarta costillas del lado derecho.

Lostan preguntó con interés:

—¿Le he muerto?

—Aun vive,—contestó el doctor,—pero nada puedo decir de esta herida hasta que no la reconozca con detenimiento. Creo que he visto una casa al dirigirnos á este sitio.

—Sí; pero es una casa que parece una cabaña,—contestó uno de los padrinos.

—De todos modos, allí tendré mas recursos que aquí para continuar la cura; es preciso conducirlo bajo techo.

Los padrinos condujeron al vizconde de la Fé hasta el ventorro del arroyo, y allí, colocado sobre una pobre y miserable cama, el doctor comenzó á practicar la primera cura.

## CAPÍTULO II.

## La jóven enlutada.

Nada tan caprichoso como las heridas de bala. La historia de la cirugía nos presenta multitud de casos dignos de admiracion y que los grandes maestros consignan en sus obras para que sirvan de ejemplo á la juventud.

La bala que habia derribado al vizconde de la Fé, privándole del conocimiento, tenia para el cirujano, á primera vista, todo el carácter de una herida mortal, pero al introducir la sonda, al enterarse detenidamente, vió con agradable sorpresa que el plomo habia resbalado sobre el hueso de una costilla sin romper ninguno de esos órganos ó tejidos que son indispensables para la vida.

Y sin embargo, al primer pronto parecia que la bala habia pasado por mitad del cuerpo de parte á parte, destruyendo todo cuanto encontró á su camino.

El brigadier Lostan, tan pronto como vió al vizconde de la Fé tendido en la cama, se despidió del médico y los padrinos y regresó á Madrid, de modo que no pudo enterarse del verdadero estado del herido.

—Afortunadamente,—dijo el médico á los dos testi-

gos que se hallaban á su lado, despues de reconocer la herida,—como no sobrevenga algun incidente impensado, creo que la vida del señor vizconde no corre un inminente peligro. Así pues, soy de opinion que se aproxime el coche todo lo que pueda á este sitio y que lo conduzcamos á Madrid.

Algunas horas despues el vizconde de la Fé se hallaba en su casa, y su madre, con los ojos enrojecidos por el llanto, escuchaba la relacion del duelo que habia puesto en peligro la existencia de su hijo.

Un mes bastó para que el vizconde se hallara completamente fuera de todo peligro. Comenzó para él la convalecencia, mas penosa indudablemente que la misma muerte, porque supo por un periódico que al brigadier Lostan le habia concedido el Gobierno el tercer entorchado y se hallaba en vísperas de casarse con la hija del marqués del Radio.

Estaba escrito que aquel hombre debia serle siempre fatal.

Este segundo golpe mató en el corazon del vizconde el resto de la fé y los buenos sentimientos, convirtiéndole en uno de esos séres escépticos que viven despreciando la humanidad y dudando de todo.

Algunos dias despues, la aristocracia de la sangre y de la banca no se ocupaban de otra cosa que del enlace de Beatriz de Esquivel y el general don Pedro Lostan.

El vizconde se juró á sí mismo aquel dia no volver á fijar los ojos en una mujer sino para humillarla y despreciarla.

Restablecido y fuerte, emprendió un viaje: necesitaba alejarse de Madrid, y permaneció lejos de España tres años, é indudablemente se hubiera prolongado mas su ausencia á no recibir en Viena una carta de su padre en la cual le participaba la infausta nueva de que la condesa de la Fé se hallaba gravemente enferma.

Aunque el vizconde emprendió inmediatamente el camino de España, llegó tarde á Madrid para recibir el último beso de su madre.

La condesa habia dejado de existir.

El vizconde pasaba los dias encerrado en su biblioteca estudiando los filósofos del siglo XVIII.

Voltaire, Volney y Rousseau fueron sus autores favoritos, y en la soledad de su retiro llegó á admirarlos como á semi-dioses.

El vizconde, apartado del bullicio del mundo, iba enriqueciendo el caudal de sus conocimientos. Para él la vida no era otra cosa que un paso penoso por este valle de lágrimas, y la sociedad una farsa en la que se habia propuesto no tomar parte.

De vez en cuando dejaba un momento en descanso sus libros para ocuparse del general Lostan, cuyo nombre iba adquiriendo gran boga en la política.

Mas de una vez el vizconde con los codos apoyados sobre su mesa y la frente descansando en la palma de las manos, pasaba una y otra hora recordando la historia de sus desgraciados amores y pensando que la venganza era un placer verdaderamente de dioses.

Bien es verdad que el vizconde no podia olvidar á

Margarita, porque siempre tenia delante de sus ojos el descarnado y blanco cráneo de aquella infeliz.

Una nueva desgracia le deparaba la suerte. Su padre cayó enfermo; el mal comenzó por unas calenturas gástricas, declarándose á los pocos dias una tifóidea que le condujo al sepulcro.

Fernando de la Fé se quedó huérfano y dueño de una gran fortuna cuando apenas contaba treinta años.

Este acontecimiento le dejó solo en el mundo. No tenia ni parientes ni amigos, pero conservaba en el fondo de su corazon la idea de la venganza, acariciándola siempre como el avaro acaricia su tesoro.

Una circunstancia imprevista, que relataremos ligeramente á nuestros lectores, volvió á ponerle por tercera vez frente á frente del general Lostan con las armas en la mano.

El conde de la Fé tenia pasion por la soledad y el retraimiento. El bullicio de los hombres le era inaguantable: la falsedad de las mujeres le repugnaba.

Muerto su padre, se dijo:

—Pasaré algunos meses en el monte ocupado en leer mis autores favoritos y dedicándome algunos ratos á la caza.

Buscó entonces un punto que pudiera llenar por completo sus aspiraciones, y fijó su atencion en el pueblo de Mohernando, en donde el marquesado de Beneméjis posee un precioso monte, criadero inagotable de perdices, liebres y conejos; cuartel de invierno de las emigradoras chochas.

El conde de la Fé lo dispuso todo, pidió permiso á los marqueses para pasar una temporada en el palacio de Mohernando y abandonó Madrid, llevándose sus libros, sus escopetas y un criado de confianza.

Mohernando es una miserable aldea en estado ruinoso, situada como á tres cuartos de legua de Humanes, en la provincia de Guadalajara.

Los sencillos y rústicos moradores del pueblo que nos ocupa, no se han tomado nunca la molestia de saber quién gobierna. Viven careciendo de todo, y tal vez por esto son mas felices que los que rodean la vida de *inútiles necesidades*.

Mohernando posee un palacio que, como un sarcasmo de la pobreza, levanta sus fuertes muros en medio de aquel pequeño grupo de casas arruinadas.

Con frecuencia se observa en este pueblo la desconsoladora y gran distancia que hay de la riqueza á la miseria.

En el ancho y *confortable* comedor, como se dice en el moderno lenguaje de los galicismos, del palacio de Mohernando, hay una de esas chimeneas que nos recuerda el tiempo del feudalismo, en donde arden troncos de árboles durante el invierno para calentar los cuerpos de esos séres privilegiados que, abandonando á Madrid por algunos dias, se trasladan al monte á disfrutar de la saludable vida del campo sin carecer de las comodidades de la *côrte*.

Muchas veces se ven pasar por detrás de las grandes rejas que dan á la calle, séres cubiertos de harapos, cu-

yos rostros famélicos y ojos de mirada estúpida se detienen un momento para contemplar la espléndida mesa cargada de manjares, que, en medio del comedor espera á los cazadores que se hallan en el monte entreteniendo agradablemente el ocio.

Aquellos infelices tienen hambre, pero respetando la propiedad ajena, continúan su camino y se dan por muy contentos si pueden en un rincón de su miserable hogar entretener las exigencias del estómago con una patata asada sobre el rescoldo del hogar.

El conde de la Fé se estableció en una de las habitaciones del piso principal del palacio de Mohernando. Uno de los dos balcones daba vista al monte, el otro á la calle inmediata.

Don Fernando salía todas las mañanas de caza acompañado del guarda mayor: pasaba todo el día en el monte, regresando al palacio á la caída de la tarde.

Como esto tenia lugar en el mes de Noviembre, las noches eran largas y el conde entretenia las veladas leyendo los enciclopedistas franceses junto al agradable y grato calor de la chimenea.

Todas las mañanas, á eso de las ocho, el guarda mayor entraba en la habitación del conde á recibir órdenes.

Un día don Fernando, sintiéndose con pocas ganas de salir de caza, dijo al guarda mayor:

—Hoy descansaremos. No les vendrá mal á las perdices y á las liebres que de vez en cuando se apodere de nosotros, aunque sea momentáneamente, la pereza.

El guarda se retiró. Entonces el conde, abriendo los cristales del balcon, apoyó los brazos en la barandilla de hierro y dirigió una mirada hácia el monte.

Así permaneció largo rato.

Los ásperos chaparros, las pegajosas jaras que pueblan el monte, alumbradas por los rayos de un hermoso sol de invierno, lo accidentado del terreno y la limpidez del cielo, formaban un agradable golpe de vista.

Cansado de mirar al monte, el conde dirigió los ojos hácia la cañada de la fuente, llamándole la atencion una mujer que pausadamente subia la penosa cuesta llevando de la mano un niño de tres á cuatro años.

Aquella mujer indudablemente no era del pueblo, á juzgar por su traje, mas propio de una ciudad que de una miserable aldea como Mohernando.

La mujer y el niño continuaban avanzando hácia el palacio, pero con mucha pausa.

Era indudable que venian de la fuente, cuyos dos abundantes caños forman el fenómeno de despedir, uno un chorro de agua fria y delgada, y el otro caliente hasta el punto de causar repugnancia al estómago cuando por equivocacion se aplican á él los sedientos labios.

La curiosidad es cosmopolita, en todas partes del universo se le rinde tributo.

El conde continuaba mirando á aquella mujer, que le parecia, si se nos permite la frase, una planta exótica en Mohernando.

La desconocida no se habia apercebido de que era objeto de la curiosidad de un hombre. Bien es verdad

que con frecuencia inclinaba el cuerpo para dirigir la palabra al niño que llevaba de la mano.

Cuando llegó á unos doce metros del palacio, el conde pudo ver perfectamente las facciones de la mujer.

Era una jóven de veinticuatro á veintiseis años, y su rostro, perfectamente ovalado, tenia esa dulce resignacion con que los pintores caracterizan la espresion de las mártires.

Vestia un traje negro de lana y llevaba en la cabeza una graciosa toquilla de encaje blanco que procuraba en vano ocultar unos abundantes y hermosos cabellos castaños que caian con encantador desórden sobre los hombros de la desconocida.

El niño era tambien hermoso, pero algo mas rubio que la mujer que le llevaba de la mano: vestia una blusita de terciopelo escocés y sujetaba sus rizados y sedosos cabellos con un sombrerito de fieltro blanco.

El conde, al ver aquella mujer, sintió en su corazon un deseo vehemente, una curiosidad irresistible de saber por qué se hallaba en Mohernando.

Una hora despues, al servirle el almuerzo, el guarda volvió á presentarse en la habitacion del conde á preguntarle si saldria aquella tarde de caza.

El conde aprovechó esta ocasion para dirigirle una pregunta relativa á la mujer que tan vivamente habia llamado su atencion.

—Esta mañana he visto subir por el camino de la fuente,—le dijo,—á una mujer vestida de luto que llevaba un hermoso niño de la mano. Por su traje he sos-

pechado que seria alguna forastera, y como á este pueblo viene tan poca gente, si se esceptúan los émulos de S. Eustaquio, patron de los cazadores, me ha inspirado cierta curiosidad.

—Sí, tambien he visto yo á esa mujer que dice V. E.: vive en la calle inmediata al palacio, todas las mañanas y todas las tardes se pasea, con el niño de la mano, de su casa á la fuente, y de la fuente á su casa.

—¿Está enferma tal vez?

—Creo que el enfermo es el niño; pero si V. E. tiene deseos de saber alguna particularidad de esa señora, yo lo preguntaré á una prima hermana que ha entrado á su servicio.

El conde se encogió de hombros, porque su curiosidad no era tan viva que le llevara hasta el punto de enterarse por una tercera persona de quién era la desconocida.

Dos dias despues, el conde se dirigió á pié y solo hácia el monte por el camino que conduce á la fuente: era muy temprano, y los dos perros del aristócrata cazador demostraban su alegría ladrando y saltando en torno de su amo.

Uno de los perros partió á la carrera dando ladridos en direccion hácia la fuente.

Don Fernando caminaba con la cabeza baja y entregado á esa vida de los recuerdos que tanto preocupa el espíritu, cuando de pronto llamaron su atencion los gritos de un niño y levantó la cabeza.

Entonces vió cerca del sitio donde él se hallaba á la hermosa desconocida que habia cogido el niño en bra-

zos, sin duda temerosa de que el perro le mordiera.

Don Fernando quedó por un instante con la mirada fija en aquella mujer, y procurando tranquilizarla, le dijo:

—Nada tema usted, señora; mis perros no han mordido nunca á nadie. Son un poco alborotadores y han asustado á ese hermoso niño.

La desconocida saludó con un ligero movimiento de cabeza al cazador y continuó su camino.

El conde no pudo oír la voz de aquella mujer, cuyo hermoso semblante tenia una espresion de infinita dulzura.

Por un momento permaneció inmóvil en el mismo sitio y siguiendo con la mirada á la desconocida.

Luego hizo un movimiento marcado con la fisonomía, se encogió de hombros y murmuró en voz baja:

—¿Qué me importa á mí esa mujer?

Si el hombre pudiera vivir sin ese órgano impresionable y exigente que se llama corazon, si le fuera fácil adormecer el pensamiento, tal vez llegaria á ser feliz.

El conde se habia dicho: «¿Qué me importa á mí esa mujer?» y sin embargo, estuvo pensando en ella todo el dia, y al regresar al palacio, á pesar del cansancio, volvió á recordar á la desconocida, así como el deseo de saber algo de su misteriosa existencia fué causa sin duda de que aquella noche se le mostrase el sueño un tanto rebelde.

Pero por fin el sueño paralizó el pensamiento, y al despertar al dia siguiente el conde habia olvidado á la mujer misteriosa.

El guarda, como de costumbre, entró á recibir órdenes. Abrió el balcon y el conde se vistió.

Una de las primeras operaciones del cazador cuando se halla en el monte es enterarse de qué dia hace. El conde abrió el balcon, y sus ojos, como si hubieran sido atraidos por un flúido misterioso, se dirigieron hácia la fuente. Por la vereda subian, como siempre, muy despacio la mujer y el niño.

El conde, sin apartar los ojos de la vereda, permaneció algunos segundos inmóvil, como si la presencia de aquella desconocida llamara vivamente su atencion.

El guarda, de pié detrás del conde, parecia una escultura; observaba en silencio al conde, y cuando éste entró del balcon, se quedó mirándole con fijeza, sospechando que aquel hombre habia espiado todos sus movimientos.

El conde de la Fé creyó observar una sonrisa maliciosa en los labios del guarda. Esta sonrisa parecia decirle: «Yo sé alguna particularidad de esa mujer misteriosa que tanto te preocupa, de esa jóven hermosa que, con el traje interesante de luto, se dirige todas las mañanas á la fuente acompañada de su niño.»

El conde de la Fé era uno de estos aristócratas de pura sangre azul. La antigüedad de sus pergaminos no le permitian nunca familiarizarse con aquellos que él creia de inferior clase á la suya; pero en el monte el hombre se deja llevar, sirviéndonos de una frase familiar, de esos instintos salvajes que procura tener ocultos en sociedad.

Don Fernando deseaba entablar un diálogo con el

guarda; comprendia que aquel hombre rústico sabia alguna particularidad de la mujer misteriosa, y sin embargo, esa voz secreta y poderosa del orgullo parecia decirle al oido: «No rebajes tu dignidad comunicando las impresiones de tu alma á un guarda del monte.»

Tuvo pues suficiente fuerza de voluntad para no preguntar nada. Esperó la tarde y se dirigió hácia la fuente con la esperanza de encontrar á la mujer misteriosa.

El conde de la Fé habia sido muy desgraciado en sus primeros amores; un hombre fatal, interponiéndose en su camino, le habia robado todos los hermosos sueños de la juventud: la esperanza; esa flor que lo embellece todo en la primavera de la vida, huia de él, dejándole, por decirlo así, esa vaguedad sombría en el alma que con el tiempo acaba con la fé y deja en el corazon el escepticismo.

Fernando se habia dicho: «Yo no amaré nunca á ninguna mujer;» pero el corazon no es otra cosa que un autócrata dueño y señor de nuestra voluntad.

¿Qué importa que el hombre piense, si el corazon siempre decide lo contrario? mientras ese órgano indispensable para la vida, mientras ese latido continuo sea el paso regulador de la sangre, el hombre ha de sentirse dominado por él, sin que logre ni un solo instante decir, colocando sobre él la mano con la entonacion del triunfo que empleó en un momento sublime el inmortal hijo de Siracusa: «Te he dominado.»

Á la caida de la tarde, el conde de la Fé tomó la vereda de la fuente, pero antes tuvo buen cuidado de en-

cerrar á los perros, recordando el episodio de la mañana anterior.

Aunque algunos soñadores ilustres han dado al invierno el nombre de la muerte, porque durante ese período de los hielos la naturaleza duerme, como si, avara de sus fuerzas, quisiera regalárselas á su hijo predilecto el verano, yo opino que el invierno tiene tambien su poesía, su hermoso sol y sus perfumes, sus panoramas encantadores, y no es por cierto el menos bello esas nevadas cumbres que se distinguen desde los balcones de Mohernando.

La tarde estaba apacible. Del vecino monte llegaban hasta el sitio en que se encontraba el conde de la Fé suaves ráfagas de brisa impregnadas con el perfume del tomillo y el romero.

Fernando estaba impaciente; dirigia los ojos hácia el pueblo como si la mujer misteriosa le hubiera dado una cita.

Durante media hora permaneció inmóvil sentado en el banco de piedra de la fuente.

Por fin apareció en la vereda que conduce al pueblo la jóven enlutada con el hermoso niño de la mano.

El conde, al verla, se levantó, y aunque hombre de mundo y gran conocedor del corazon humano, sintió cierta turbacion ante aquella mujer tan hermosa como modesta que se acercaba tranquilamente hácia el sitio donde él se hallaba.

En vano se preguntó cómo comenzaria á dirigirle la palabra para inspirarle confianza.

En la vida hay momentos que se busca una palabra

y no se encuentra, y no sucede solamente esto á la gente rústica, sino tambien á los que se han conquistado una reputacion de sabios y hombres de talento.

La mujer enlutada pareció sobrecogerse viendo un desconocido en aquel sitio; sin embargo, continuó su camino ostentando en su hermosa frente esa radiante serenidad que solo poseen las almas virtuosas y los mártires de una idea.

—Esta mañana, señora,—dijo el conde saludando respetuosamente á la desconocida,—mis perros sobresaltaron á ese hermoso niño, y yo fuí bastante grosero para no dar á usted mis disculpas.

La desconocida inclinó respetuosamente la cabeza dejando asomar en sus labios una sonrisa llena de bondad.

—Los niños, caballero,—dijo la enlutada con una voz dulce y melodiosa,—suelen sobresaltarse por poca cosa.

Y como la desconocida volvió á saludar con un movimiento de cabeza indicando que ponía término á aquella escena, el conde de la Fé añadió:

—He oido decir en el pueblo que ese hermoso niño estaba algo delicado de salud.

—Efectivamente, caballero; pero las saludables aguas de esta tierra le reponen de dia en dia y ha vuelto á renacer en mi pecho la confianza de verle completamente bueno.

Durante este corto diálogo el niño, que no habia soltado la mano de su madre, miraba con cierta curiosidad al conde, y éste, inclinando un tanto su cuerpo, volvió á decir:

—Supongo que no me guardarás ningun rencor recordando el susto que esta mañana te dieron mis perros.

—Los perros son malos,—dijo el niño mirando alternativamente, ora al desconocido, ora á su madre. —Ellos querian morder á Daniel, pero se han llevado chasco, porque mamá me levantó en brazos y no llegaban hasta mí.

—Yo te prometo,—dijo el conde,—que los perros que tanto te han asustado han de ser muy amigos tuyos, porque quieren mucho á los niños.

—Mas me quiere mi madre, que evita que me muerdan.

Y mirando con una espresion de candor á la enlutada, añadió:

—¿No es verdad que tú me quieres mas que los perros?

La jóven se sonrió diciendo:

—Un poco mas, hijo mio.

Y luego se acercó á la fuente, sacó un vaso que llevaba en el bolsillo, lo llenó é hizo que bebiere de él el niño.

Despues volvió á saludar respetuosamente al conde y se encaminó por la vereda hácia el pueblo.

Fernando no se atrevió á detenerla ni á dirigirle una palabra.

Habia algo de respetabilidad en la serena frente de aquella jóven; sus ojos, negros como la noche, sombreados por las largas pestañas, respiraban candor y modestia. La sonrisa que entreabria sus labios nacara-

dos como la flor del terebinto de Judea, era pura y virginal, como dibujada por el místico pincel de Murillo.

Algunos minutos despues, el conde, que permanecia inmóvil en el mismo sitio, exhaló un suspiro y se dijo hablando consigo mismo:

—¿Qué me importa á mí esa mujer? ¿No he ofrecido odiarlas á todas?

Y haciendo un movimiento de hombros como para demostrar la indiferencia que estaba muy lejos de sentir en aquel instante, se dirigió hácia el pueblo.

Llegó de noche: el conde de la Fé no habia podido borrar de la imaginacion á la mujer enlutada. Cuando á última hora entró en su cuarto á recibir órdenes el guarda, un deseo mas poderoso que su voluntad le hizo formular esta pregunta:

—¿Sabe usted el nombre de esa jóven que diariamente veo pasar por la vereda?

—Sí, señor. He dicho á V. E. que se halla al servicio de esa señora una prima hermana mia.

—¿Y cómo se llama?

—Doña Ángela.

—¿Y ha venido á este pueblo á restablecer á su niño?

—Así parece.

—¿Vive sola?

El guarda se sonrió. El interrogatorio habia comenzado y era preciso terminarle.

—Yo diré á V. E. La señora y el niño viven solos: la prima hermana mia está á su servicio; pero de vez en cuando viene un señor á visitarles.

—¡Hola!

Este *hola*, pronunciado con alguna viveza, indicaba que la curiosidad iba en aumento en el corazón del conde.

—¿Y no ha oído usted el nombre de ese caballero?

—Solo sé que se llama don Pedro.

Hay nombres que conmueven hasta la última fibra del corazón: el que acababa de pronunciar el guarda era para el conde de la Fé de mal agüero.

—Y ese desconocido que viene á visitar á la mujer enlutada, ¿es su esposo?

—Supongo que sí.

—Suponer no es afirmar.

—¡Diantre! señor conde, ya podrá V. E. comprender que yo no debo preguntar la clase de relaciones que une á la pareja forastera.

El conde comprendió que aquel interrogatorio le haría cometer alguna imprudencia.

—Está bien,—le dijo,—puede usted retirarse.

—¿Quiere el señor conde salir muy temprano mañana?

—Me despierta usted á las ocho.

—¿Tiene algo mas que mandarme el señor conde?

—Nada.

El guarda saludó respetuosamente y salió de la habitación pensando que no estaria de mas adquirir alguna noticia de la forastera por si al señor conde se le ocurria preguntarle otra vez por ella.

Por eso, sin duda, salió del palacio y se fué á ver á

su prima, pero antes de llegar á su casa reflexionó que era muy tarde y se dijo:

—¡Bah! mañana será otro dia; cuando esa señora vaya á la fuente con su hijo yo veré á Pepa: esto es mejor.

Y efectivamente, como el conde le dijo por la mañana que no salia de casa, Juan, pues este era el nombre del guarda, se situó en la puerta del palacio, esperando que pasase la forastera para poder con tranquilidad hablar á su prima.

No tuvo que esperar mucho. La jóven enlutada salió, como siempre, á las nueve de la mañana, llevando al niño de la mano.

Juan la vió pasar, que se dirigia á la fuente, y entonces se encaminó él á ver á Pepa.

—Buenos dias, Pepa,—le dijo entrando en la modesta casa que servia de albergue á la desconocida.

—Buenos los tengas, Juan; pues qué ¿no vas hoy al monte?

—Parece que el señor conde está un poco cansado.

—Y eso no te viene á tí mal.

—El dia que no voy al monte me fastidio grandemente en el pueblo.

Y Juan, que habia sacado la petaca y liaba un cigarro, añadió cambiando de entonacion:

—Parece que se va poniendo bueno el hijo de tu señorita.

—Le prueba mucho el pueblo. Y la señora está muy contenta.

—¿Van á estarse mucho tiempo por aquí?

—No dicen nada de marcharse.

—¿Sabes, Pepa, que tu ama es una muchacha muy bonita?

—¡Oh! Ya lo creo. Hermosa y buena como un ángel: y si bello es su rostro, bello es su genio.

—Es de Madrid, ¿eh?

—Lo supongo.

—Lo que me estraña,—añadió el guarda, que se habia propuesto poco á poco ir descubriendo terreno,—es cómo no vive con ella su marido, porque yo supongo que será casada.

—Segun he podido comprender, el marido de la señora debe ser militar.

—¡Hola!

—Y sus ocupaciones es probable que no le permitan vivir en este pueblo.

—¿Ha venido muchas veces á ver á tu ama?

—Dos solamente.

—Bien poco es.

—Pero creo que debe llegar un dia de estos.

—Yo por mi, confieso con franqueza que si tuviera una mujer tan bonita como tu ama, no me gustaria mucho vivir separado de ella.

—Sí, los hombres todos decís lo mismo; pero para la tonta que os crea.

—¿Y por qué va de luto tu señora? ¿Se le ha muerto alguno de la familia?

—No estás hoy poco pregunton.

—¿Qué quieres? en este pueblo suceden tan pocas cosas, se ven tan pocas caras nuevas, que no tiene nada de particular que tu señora llene de curiosidad al vecindario.

—Pues hablando con franqueza,—repuso Pepa,—yo no puedo decirte por qué lleva luto mi señora.

—Se le habrá muerto algun pariente.

—Sí, eso será,—añadió Pepa.

—El marido de tu señora debe ser un militar de alta graduacion.

—Me parece que es coronel.

—No es mal destino. ¿Y no sabes tú cómo se llama de apellido?

—Solo sé que se llama don Pedro. Pero veo que estás hoy muy hablador y yo tengo que disponer el almuerzo para cuando venga la señora.

El guarda bien comprendió que su prima daba por terminada la conversacion, pero como él tenia vivo interés en adquirir noticias para trasmitírselas al conde de la Fé, se hizo el sordo y volvió á decir del modo siguiente:

—Escucha, Pepa: tú ya sabes que en palacio tenemos ahora de huésped al señor condè de la Fé.

—¿Y á mí qué me importa?

—Podrá no importarte, pero yo, que estoy á su servicio, deseo complacerle.

—No te comprendo.

—Procuraré esplicarme, porque entre nosotros debe reinar la confianza.

—Ahora te entiendo menos.

—Calla, mujer, y ten un poco de paciencia, que yo haré que comprendas por qué soy esta mañana tan curioso y tan pregunton.

Pepa miró de un modo bastante espresivo á su primo y guardó silencio.

—Siempre que el señor conde de la Fé viene á pasar una temporada en Mohernando me dan á mí el encargo de servirle, de modo que cuando le cansa la vida del monte y regresa á la corte, cae en mi bolsillo una propineja que, como se dice vulgarmente, sirve para echar un remiendo á la ropa.

—Pero, ¿á qué viene todo eso? Ya te he dicho que tengo que hacer.

—Ten calma, mujer, ten calma, que no se ganó Zamora en una hora. Pues como te iba diciendo, si el conde me larga al marcharse media docena de duros por acompañarle durante su permanencia en Mohernando y servirle, figúrate lo que me daría si yo pudiera satisfacer una gran curiosidad que, ó mucho me equivoco, ó turba su sueño.

Aquí Pepa comenzó á escuchar con mas interés á su primo.

—Sabido es, querida Pepa, que los ricos tienen muchas horas de sobra y es necesario que las empleen entretenidos en algo. Cuando el dinero y el tiempo están demás, es preciso emplearlos: y el señor conde tengo yo para mí que ha fijado sus ojos con alguna detencion en tu ama.

—¿De veras?—contestó Pepa sonriéndose.

—Y eso es natural. Figúrate que el señor conde la ve pasar todas las mañanas en direccion á la fuente, y sin duda la ha encontrado muy bonita, porque no cesa de dirigirme preguntas.

—¿Crees tú que el señor conde estará enamorado de mi ama?

—Mujer, no lo sé de cierto, pero si así fuera no tendría el caso nada de particular.

—Pues creo que perderia el tiempo.

—¡Calla! ¿Tan desdeñosa es tu señorita?

—Difícilmente existirá una señora mas amable; pero no la creo yo capaz de faltar á su marido.

—Mira, Pepa, hablemos en plata. El hombre que visita á tu ama, ¿es su marido ó su amante?

—Hombre, yo no he servido de testigo en su boda, pero me gusta pensar bien de las personas y supongo que es su marido.

El guarda hizo un gesto picaresco con el semblante, y despues de rascarse con cierta rusticidad el cogote con los dedos de la mano derecha, dijo sonriéndose maliciosamente:

—Si tú quisieras podriamos hacer entre los dos un buen negocio.

Pepa soltó una ruidosa carcajada. La buena mujer habia cumplido cincuenta años, y como la naturaleza no habia sido muy pródiga en dones con ella, al sospechar que su primo, hombre maduro, le iba á hacer una declaracion de amor, se rió con toda la boca, como vulgarmente se dice.

—¿Por qué te ríes de ese modo? —preguntó el guarda.

—Toma, porque te veo venir. Ya sé yo el negocio que tú quieres proponerme.

—Me parece que no.

—En fin, habla y nos entenderemos.

—Si tu ama es efectivamente casada, si el hombre que viene á verla es su marido, no hay nada del caso. Pero si es un amante, recordando aquel refran que dice: *el que hace un cesto hará ciento*, podriamos nosotros servir al señor conde, y el señor conde, que es un hombre rumboso, estoy seguro que nos pagaria con largueza nuestro trabajo.

—¡Ah! Vamos, ya te comprendo. Yo habia creido otra cosa.

—Tú eres pobre y yo soy pobre, ¿no es eso, Pepa?— volvió á decir el guarda con mucha calma.

—Desgraciadamente has dicho una gran verdad.

—Y á los pobres nunca les viene mal un puñado de plata para remediar sus necesidades.

—Es claro.

—El señor conde conoce á muchísima gente en Madrid, y nada tendria de extraño que conociese á ese caballero que visita á tu ama.

—Es verdad.

—Y así como tú sabes, verbi-gracia, si es casado ó soltero un amigo tuyo, puede tambien saber el señor conde si es casado ó soltero el que viene de Madrid y pasa algunos dias con tu ama haciendo el gasto de la casa.

—Estás hablando como un libro, Juan. ¿Qué puedo yo hacer para servirte en esta ocasion?

—Puesto que vamos entendiéndonos, continuaré.

—Sí, eso es, habla con entera franqueza; pero date prisa, porque no puede tardar la señorita.

—Supongo que tu ama recibirá alguna carta.

—Todos los dias recibe una.

—Perfectamente: si tú pudieras apoderarte de una de esas cartas, no tardariamos mucho en saber á qué atenernos.

—Eso es una picardía.

—¡Bah! Una carta se pierde, nada mas fácil, y como en la carta viene la firma del que la escribe, se sabe el nombre y el apellido.

—¿De modo que lo que tú quieres saber es el nombre y el apellido del señor que viene de Madrid á ver á mi ama?

—Eso ante todo.

—Entonces no hay necesidad de que yo robe la carta.

—Luego tú sabes...

—Ya lo creo.

—¿Y cómo se llama!

—Don Pedro de Lostan.

—Lostan, Lostan, Lostan, repitió el guarda. No se me olvidará.

—Ya ves: todos los dias le escribe mi ama y voy á llevar la carta al correo, y como ya sabes que mi tio el cura de Humanes me enseñó á leer, leo en el sobre: «Sr. D. Pedro Lostan.—Madrid.»

—Sin embargo, bueno sería que te apoderaras de una de sus cartas, pues eso podría sernos útil.

—No esperes que yo cometa semejante infamia. Te he dicho cuanto sé y no he de hacer yo traición á una señorita tan buena, aunque me ofrecieran el mar y las arenas.

El guarda, que era uno de esos tipos cazurros y mal intencionados, que con tanta frecuencia se encuentran en los pueblos, comprendió que era preciso dar tiempo al tiempo y que para primera entrevista bastaba con lo dicho; así es que, despidiéndose de su prima, se dirigió al palacio.

## CAPÍTULO III.

**Abuso de confianza.**

Juan el guarda esperó la hora de costumbre para subir á la habitacion del conde á recibir órdenes.

Pocas eran las noticias que podia darle sobre la desconocida; pero sin embargo algo era saber el nombre y el apellido del hombre que la visitaba.

Á la una de la tarde el conde, que habia almorzado, se hallaba tomando café, cuando oyó la voz del guarda que le pedia permiso para entrar.

—Esta tarde no pienso tampoco salir de casa,—dijo don Fernando.

—Está bien, señor.

Y Juan permaneció inmóvil como una estatua junto á la puerta, sin saber cómo dar principio á la conversacion, que era para él de la mayor importancia.

De repente, calculando que lo mejor era abordar el asunto de frente, dijo, como si continuara una interrumpida conversacion:

—Pues he visto á mi prima.

El conde miró al guarda como preguntándole qué es lo que queria decir con aquello.

—Mi prima,—añadió Juan,—es la mujer que está al servicio de esa señora que viste de luto y que va todos los dias á la fuente con su niño.

—Sí, recuerdo que me lo dijo usted ayer.

—Y yo, creyendo que el señor conde tenia interés en saber el nombre del esposo de esa señora desconocida, se lo he preguntado á mi prima.

Todo aquello era bastante incoherente; pero don Fernando, á quien el dia antes habia conmovido vivamente el nombre de don Pedro, pronunciado por el guarda, preguntó:

—¿Y sabe usted cómo se llama?

—Ya lo creo,—contestó el guarda disimulando la alegría que le causaba la pregunta del conde.—La señora enlutada escribe todos los dias una carta, y el sobre dice: «Sr. D. Pedro Lostan.—Madrid.»

—¡Lostan!—replicó el conde estremeciéndose.—¡Lostan! ¿Está usted seguro que se llama así el esposo de la desconocida?

—Que se llama don Pedro Lostan, no me cabe duda alguna; pero no puedo asegurar si es esposo ó es amante.

El conde se levantó de la butaca y se puso á dar paseos por la habitacion; parecia vivamente preocupado. De vez en cuando sus labios se entreabrian para sonreirse de un modo frio, amenazador; otras para exhalar un profundo suspiro.

El guarda seguía con absorta mirada todas las gesticulaciones del conde, asombrado del efecto que habían producido sus palabras.

De pronto el conde se detuvo de un modo brusco, fijó sus ojos en el guarda y dijo:

—¿Puede usted proporcionarme una prueba irrecusable de que el hombre que viene á visitar á la desconocida se llama Pedro de Lostan?

—Ya he dicho al señor conde que mi prima lleva todos los días al correo una carta en cuyo sobre se lee ese nombre y ese apellido.

—Pero eso no me indicó nada.

—Además,—añadió el guarda,—ese mismo señor don Pedro Lostan es el que ha traído á la señorita enlutada al pueblo y el que viene á verla de vez en cuando.

Aquí hubo otra pausa. El conde volvió á continuar sus paseos, profundamente preocupado.

El malicioso guarda comprendió que entre el conde de la Fé y el amante de la mujer enlutada existía alguna historia.

—Oiga usted, Juan. Si yo necesitara una de esas cartas que diariamente deposita en el buzón del correo su prima de usted, ¿me sería muy difícil adquirirla?

—Creo que no, porque todo se reduce á que en vez de depositarla en el buzón la deposite en mis manos.

—Pues bien, si logra usted proporcionarme una, yo entregaré á usted por ella cien duros. Puede usted retirarse.

Los ojos del guarda brillaron con el fuego de la codicia.

Cuando el conde se quedó solo, dejóse caer en la butaca y permaneció largo rato con la frente sostenida entre las manos.

Pedro de Lostan era una fatalidad que le perseguía. Bastaba que el conde fijara los ojos en una mujer, para que se levantara amenazadora la figura del general.

—¡Ah! ¡es preciso que yo aclare este misterio!—esclamó despues de un largo silencio.—Los años pasan, el frio de la vejez se posa sobre mi cabeza y no realizo mi venganza. ¿Quién será esa mujer? ¡Qué lazos la unen con el hombre que tanto aborrezco!

Y el conde, formando mil comentarios, sintiendo bullir en tropel un mundo de estraños pensamientos en su cráneo, pasó una y otra hora inmóvil en el sillón.

Llegó la noche sin que se apercibiera de ello, y tal vez hubiera venido el nuevo sol sin ocuparse del tiempo, pero el guarda entró con una bujía encendida en la mano, y dejándola sobre la piedra de la chimenea, dió las buenas noches.

Don Fernando fijó una mirada en el guarda, que parecia dirigirle una pregunta.

Juan se sonrió, y sacando una carta del bolsillo de su chaqueta, dijo, dejándola sobre la mesa:

—Está servido V. E.

El conde no pudo contener un grito de gozo, cogió la carta y repuso:

—Está bien. Sabré recompensar tu actividad: déjame solo.

Juan saludó al conde y salió de la habitacion.

Durante algunos segundos don Fernando permaneció inmóvil contemplando la carta. Sus ojos brillaron de un modo siniestro y una sonrisa fria y desagradable separaba sus labios.

Por fin, suspirando con fuerza, rompió el sobre y dijo:

—Indudablemente Beatriz ignora todo esto. ¡Ah! Quién sabe si esta carta será en mis manos un arma terrible.

Y leyó para sí lo que á continuacion consignamos:

«¡Pedro de mi alma! estoy contenta; ¡sí, muy contenta!... porque nuestro hijo Daniel se restablece visiblemente.

»El aire puro de estos montes le devuelve la vida y la salud. Ya no tengo ningun temor por su existencia, y para ser la mujer mas feliz de la tierra solo me falta verte á mi lado, á tí, á quien tanto amo.

»Pero yo conozco, Pedro mio, que tu carrera y tus compromisos políticos te imponen forzosamente esta separacion, y aunque mucho me aflige no tenerte á mi lado, vivo resignada en la soledad de mi retiro, pensando en tí, cuidando á nuestro hijo y esperando el dia en que nos reunamos para no separarnos jamás. ¡Qué dia tan feliz será para mí aquel en que me llares á tu lado y, separándote de la política, vivas solamente para tu enamorada Ángela, para nuestro querido Daniel!...

»Cuando cojo la pluma para escribirte, mi alma es la que te habla, porque te pertenece desde el dia que te conocí por la vez primera, siendo portador de una infausta nueva.

»Tú me conoces, Pedro mio: yo no he ambicionado jamás el lujo y el bullicio de las grandes ciudades; tu amor y el de mi hijo son para mí dos fortunas tan inmensas, que poseyéndolas, una choza me parece un palacio y el horizonte de mi vida hermoso como la primavera.

»Cuando tu ausencia se prolonga, cuando pasa un día y otro día sin verte, comienza á apoderarse de mi corazón la tristeza, porque la sola idea de que pudieras olvidarme me causa una pena profunda.

»¡Qué haría yo sin tu amor!... Tu amor, que ha sido el primero de mi corazón y que será el último de mi alma.

»Yo no te exijo, Pedro mio, que abandones esa vida agitada de la política y vengas á oscurecerte conmigo en el rincón de un pueblo; pero necesito abrigar en mi pecho la esperanza de que un día ha de llegar en que, cansado de los hombres y del ruido de la sociedad, pienses en esta mujer que tanto te ama y en el pobre niño que te debe el sér, y vengas á vivir con ellos y á disfrutar de las dulzuras de esa existencia del hogar doméstico, donde el amor y la familia elevan el santuario de la felicidad.

»Yo no sabría reprenderte nunca, porque te amo demasiado; no me olvides, pues, y cuando tus muchas y graves ocupaciones te lo permitan, ven á decirme que me amas, y tus palabras, resonando en el fondo de mi alma como un eco armonioso, me harán la mas feliz de las mujeres.

»Cuando llega el correo y no recibo carta tuya, mis ojos se llenan de lágrimas y se me oprime el corazón; pero procuro tranquilizarme, y sentando á nuestro querido Daniel sobre mis rodillas, como si viera en sus ojos tus ojos, bendigo á Dios, que me ha concedido el gran consuelo de ser madre, lazo santo que me une á un ángel y que llena mi corazón de esperanzas para el porvenir.

»Adios, Pedro mio: nuestro Daniel, vuelvo á repetírtelo, se restablece, y antes de mucho, cuando tú dispongas, abandonaremos este pueblo para ir á vivir ignorados á nuestra antigua y modesta vivienda. Tuya siempre.—Ángela.»

Al terminar la lectura de la carta, una sonrisa satánica entreabrió los labios del conde.

—¡Ah!—murmuró en voz baja con una entonación que demostraba su gozo.—Esta carta en mis manos tiene un valor inapreciable: el corazón me dice que se aproxima la hora de mi venganza. Es preciso que yo vea á esa mujer, que arranque la máscara al general Lostan y que llegue por fin para mí el momento que hace tantos años deseo.

El conde de la Fé leyó repetidas veces la carta de Ángela y pasó una noche agitada, intranquila, sin que pudiera reconciliarse con el sueño.

Las horas tenían para él una duración insufrible; la impaciencia le devoraba; esperaba el día, y el tiempo, que por nada precipita su marcha, causó aquella noche la desesperación del conde.

Cuando el reloj marcaba la una, quiso buscar, en

brazos del sueño, algo de descanso y sosiego para su espíritu; se acostó, pero le fué imposible dormir.

Por fin amaneció, y aunque no era la hora que Ángela tenía la costumbre de dirigirse á la fuente, el conde abrió el balcon, esperando verla pasar para salirle al encuentro.

Trascurrieron dos horas mortales; el conde no tenía mas que un pensamiento: la hermosa enlutada, y al verla asomar por la calle próxima, no pudo contener un grito de alegría.

Poco despues se dirigia á la fuente.

Ángela y su hijo se hallaban sentados en el banco de piedra; el conde se acercó, y saludándola respetuosamente, le dijo:

—Señora, pido á usted perdon si vengo á molestarla, pero tanto usted como ese hermoso niño me inspiran sumo interés, porque sospecho que son ustedes víctimas de la falsía de un hombre.

Ángela miró con espresion de marcado asombro al conde, no comprendiendo el sentido de aquellas palabras que acababa de dirigirle.

—¡Víctimas nosotros! Y ¿de quién, caballero?—preguntó Ángela con una entonacion dulce y severa á la par.

—De un hombre que es indigno del aprecio que ha sabido inspirarle á usted.

Ángela se llevó su blanca y pequeña mano á la frente, como si hubiera sentido algun dolor profundo en el cráneo. Las palabras del hombre que tenía delante, le parecian estrañas, incoherentes.

—¡Pero Dios mio! Yo no comprendo por qué me dice usted eso,—esclamó.

—Porque es usted víctima de un miserable; porque Pedro de Lostan la engaña á usted.

—¡Jesús me valga!—esclamó Ángela palideciendo como un cadáver.—¿Conoce usted á Pedro?

—Hace muchos años, señora.

Ángela dirigió una mirada en derredor suyo como si sospechara la gravedad de la escena que iba á tener lugar y temiera que alguno la escuchara.

—¿Y tiene usted, segun sospecho, que decirme alguna cosa grave de él?

—¡Oh! Y tan grave, señora. Comprendo que voy á causar á usted mucho daño, que romperé tal vez en pedazos su corazon, pero yo no puedo permitir por mas tiempo que un hombre perjuro, abusando del candor de una mujer virtuosa, la convierta en una mártir.

—¡Silencio, caballero, silencio!—murmuró Ángela con espanto, dirigiendo una mirada á su hijo, que contemplaba al conde con infantil curiosidad.

—Dice usted bien, Ángela,—añadió el conde.—Lo que tengo que revelar á usted es demasiado grave, y le suplico que me conceda una entrevista sin testigos.

—Pero una mujer honrada no puede conceder una cita á un hombre sin arriesgar su reputacion.

—Una madre debe arriesgarlo todo por su hijo. Además, no tema usted, señora; yo sé lo que usted merece y lo que me debo.

Ángela permaneció un momento indecisa: por último, haciendo un esfuerzo violento, añadió:

—Está bien: nos veremos sin testigos.

—¿Dónde?

—En mi casa.

—¿A qué hora?

—Dentro de una hora.

—No faltaré.

Y el conde, volviendo á saludar respetuosamente, se alejó de aquel sitio.

## CAPÍTULO IV.

## Una herida en el alma.

Ángela regresó á su casa.

Guiándose por un espíritu de rectitud y honradez, aunque con mucha violencia, habia concedido una cita á un desconocido, porque sospechaba que iba á revelar-le cosas terribles.

Necesitaba, pues, estar sola con aquel hombre; no tenia tiempo que perder, y al llegar á su casa, dió por su misma mano el desayuno á su hijo y esperó al desconocido.

El conde llegó con puntualidad.

Ángela se hallaba sola en su pequeña y modesta sala. El niño estaba entretenido en el corral formando sus soldados de plomo.

—Supongo, caballero,—dijo Ángela,—que no tendrá usted inconveniente en decirme su nombre.

—En Madrid, señora, se me conoce por el conde de la Fé, pero mi título y mi alta posicion social deben á usted serle de todo punto indiferentes, pues no soy mas que un hombre que, guiado por su rectitud y por su

conciencia, viene á decir á usted que es víctima de la hipocresía y la falacia del general Lostan, porque indudablemente usted ignora que Lostan no podrá nunca reunirse con usted ni con su hijo Daniel.

—¡Nunca! ¿Y por qué, caballero?—preguntó con energía Ángela.

—Porque su esposa, la marquesa del Radio, no ha de consentírselo jamás.

Ángela lanzó un grito y se llevó las manos á la frente: luego, como si le faltaran las fuerzas, se dejó caer en una silla murmurando en voz baja:

—¡Pedro casado! ¡Imposible! ¡Imposible! Esto es un sueño espantoso.

Una sonrisa de satisfacción asomó á los labios del conde. Sus sospechas comenzaban á realizarse: aquella mujer era una víctima del general Lostan, y se dispuso á sacar todo el partido posible para amargar la existencia del hombre que tanto daño le habia hecho.

—Es una realidad terrible, señora. Lostan, cegado por la ambición, hace tres años contrajo matrimonio con la hija de los marqueses del Radio, porque, emparentando con ellos, creyó mas fácil la realización de sus deseos, y hoy, padre de una hermosa niña que le asegura la inmensa fortuna de sus abuelos, tengo la seguridad de que no romperá por nada ni por nadie con la marquesa, y que usted será la víctima, la mártir destinada al sacrificio.

Ángela sintió que la voz se ahogaba en su garganta. Quiso hablar y no pudo; amargo y profundo lloro con-

movió su pecho y las lágrimas brotaron á torrentes por sus ojos.

Por fin, estas palabras brotaron de sus labios con acento entrecortado:

—Es preciso que yo sepa la verdad, por terrible que sea. Si el rayo ha de herirme, prefiero que sea pronto; pero antes de sucumbir defenderé los derechos de mi hijo, de mi querido Daniel, y, madre amorosa, sabré sacrificarme por él, si es necesario.

Y levantando la frente como si hubiera formado una de esas resoluciones que prestan energía y fuerza al vacilante espíritu, añadió:

—¿Dice usted que el general Lostan es el esposo de la marquesa del Radio?

—Sí, señora: todo el mundo sabe eso en Madrid.

—Y usted, señor conde de la Fé, ¿jura por la honra de sus abuelos haberme dicho la verdad?

—¡Oh! En cuanto á eso, no solamente lo juro, sino que ahora y siempre Ángela y su hijo pueden contarme por su protector.

—Gracias, señor conde; si algun dia necesito de usted, no olvidaré ese ofrecimiento.

—Yo tendré un placer en ser útil á la víctima y al hijo del general Lostan; pero perdóneme usted si me atrevo á preguntarle ¿qué es lo que piensa hacer despues de mi revelacion?

—Mañana mismo abandonaré este pueblo. Es preciso que tenga una entrevista con Pedro de Lostan; necesito saber de sus mismos labios toda mi desgracia.

—Entonces, señora, vuelvo á repetir mi ofrecimiento. Yo tambien partiré mañana para Madrid, y no olvide usted que en todas las ocasiones me tendrá á su lado para defender sus derechos y su persona.

—Agradezco en el alma, señor conde, tanta generosidad y le suplico que me deje sola, necesito llorar.

—Comprendo la inquietud y el disgusto que la he causado con mi revelacion y me retiro. Dentro de tres dias me hallaré en Madrid, y será para mí una gran satisfaccion si algun dia usted, concediéndome el dulce nombre de hermano, llama á las puertas de mi casa, diciéndome: «Vengo á pedirte el cumplimiento de tu promesa: véngame de ese hombre que, abusando de mi candor y de mi inocencia, ha roto en pedazos las mas hermosas ilusiones de mi corazon.»

Y el conde, inclinándose respetuosamente delante de aquella desgraciada, abatida por la infidelidad del hombre que tanto amaba, salió de la habitacion.

Ángela, al verse sola, dejó caer con pesadumbre la frente entre las manos y lloró.

La revelacion que acababa de hacerle el conde de la Fé, habia roto, por decirlo así, de un solo golpe todas esas hermosas ilusiones, todos esos poéticos sueños de color de rosa que se forma la mujer enamorada en sus horas de soledad.

Ángela amaba á Pedro de Lostan con esa ternura, con esa sublime abnegacion que solo se comprende en el primer amor.

Habia elevado un santuario en su alma y en él iba

depositando una por una las promesas y las palabras de amor que habian brotado de los labios de su amante.

Por un momento, su dignidad ofendida habia lanzado un grito subversivo en su corazon, habia deseado saber la verdad, por amarga, por terrible que esta fuese, pero al verse sola, las lágrimas se agolparon á sus ojos, y aquella pobre mártir, á quien un hombre egoista iba á destinar al sacrificio, no supo hacer otra cosa que llorar.

¡Llorar, sí! porque ¿de qué otro modo pueden expresar los corazones puros, las almas virginales, todas las emociones que conmueven su sér?

El llanto es un bien que aminora las grandes amarguras de la vida, una especie de via dolorosa del espíritu por donde se exhala el dolor, haciendo mas llevadera la amargura.

Ángela habia pensado correr á Madrid, buscar al hombre á quien tanto amaba y decirle:

—¿Qué te ha hecho esta mujer que tanto te ama, para que, abusando de su buena fé y credulidad, te complazcas en romper en pedazos su corazon?

Pero á manera que el dolor era mas profundo, iba asimismo serenándose su espíritu y recordó estas palabras que le habia dicho Lostan en su última entrevista:

—Guárdate bien, querida Ángela, de cometer la menor imprudencia: no vengas nunca á buscarme á Madrid, porque me hallo en una situacion grave y he jurado una guerra sin cuartel á los hombres que hoy ocupan el poder. Confía en mí y vive tranquila en este pueblo hasta que nuestro hijo se restablezca: ya llegará el dia

en que yo pueda presentarte á la sociedad y decirle: Hé aquí el ángel que Dios me ha concedido por esposa.

Aquella infeliz madre recordó una por una todas estas advertencias, y temiendo comprometer al hombre á quien habia hecho dueño de su voluntad y su corazon, se dijo, despues de algunas horas de lucha:

—Verdad ó mentira lo que ese hombre acaba de decirme, yo debo permanecer en este pueblo y esperar que Pedro venga á verme.

Formada esta resolucion, Ángela buscó algun consuelo en sus lágrimas y se decidió á esperarle.

Al dia siguiente, el conde de la Fé abandonó el pueblo de Mohernando, y aquella misma noche, cuando la campana de la iglesia tocaba las oraciones, un jinete se detenia en la puerta de la casa de Ángela.

Aquel jinete era el general Lostan.

Ángela, al verle, olvidó por un momento todas sus penas y todos sus temores, y arrojándose en los brazos del padre de Daniel, se creyó la mujer mas feliz de la tierra, recibiendo un apasionado beso del hombre que tanto amaba.

—¡Ah, querido Pedro!—esclamó.—¡Si tú comprendieras el placer que me causa tu presencia, no te separarias nunca de mi lado!

—Muchas veces, Ángela mia,—contestó Lostan,—me pasa por la imaginacion la idea de romper todos los lazos que me unen con los hombres de mi partido, y abandonando la corte, venir á refugiarme en tu modesto hogar para no separarme jamás de tí y de mi querido

Daniel. Pero desgraciadamente me creen un hombre útil y no puedo aun realizar mis deseos.

—En verdad que soy una egoísta: desde que he tenido la ventura de verte entrar por esa puerta, que debia haberte hablado de nuestro hijo. Ven, Pedro, ven, le verás dormido, y estoy segura que tu alma va á experimentar un momento de verdadero placer.

Y Ángela, cogiendo de la mano á don Pedro, le condujo hasta la alcoba, y levantando la cortina que cubria el lecho, añadió:

—¿Le ves? La salud fortalece rápidamente su cuerpo. ¡Oh! nunca olvidaré este pueblo, que ha devuelto la vida á mi hijo.

El general Lostan contempló al dormido niño con verdadero éxtasis.

Ángela, durante algunos minutos, no quiso interrumpir aquel silencio que perfumaba su alma de amor y de esperanza.

Don Pedro avanzó un paso para acercarse á la cama, inclinó el rostro como para darle un beso al niño, y Ángela, interponiéndose entre el padre y el hijo, añadió con dulce y apasionada entonacion:

—No le despiertes, Pedro, ¡es tan dulce el sueño de la inocencia!

Y luego, cogiendo del brazo al general Lostan, le condujo hasta un sofá de la sala, donde ambos se sentaron.

De repente, por la imaginacion de Ángela cruzaron las palabras que el dia antes le habia dirigido el conde de la Fé, y su alma se sobresaltó.

Cogió con cariño las dos manos del general, le miró con fijeza un segundo y dijo con una voz llena de melodiosa armonía:

—Pedro, ¿no es verdad que tú me amas demasiado para engañarme?

—Pero, ¿á qué viene esa pregunta?

—Porque he tenido un sueño horrible.

—¿Y quién hace caso de los sueños?

—Á las madres que aman como yo, les sobresalta de continuo la idea del porvenir de su hijo.

—El porvenir de Daniel está asegurado, querida Ángela. Yo soy su padre y no he de olvidar nunca mi deber.

El general Lostan sintió que las manos de Ángela se estremecían y que sus hermosas pupilas se llenaban de lágrimas.

—Pero, ¿qué es lo que tienes? ¿Por qué lloras? ¿Por qué tiemblas? ¿Por qué palideces?—le preguntó Lostan acercándosele cariñosamente hácia su pecho.

—Porque si tú me engañaras,—contestó Ángela bajando la voz,—me moriria de pena y de dolor.

—¡Engañarte yo, vida mia! En verdad que te encuentro hoy como nunca: siempre te he visto alegre, contenta y confiada, y me estraña oír tus temores y ver asomar á tus ojos las lágrimas y la palidez á tus mejillas.

Ángela, por la primera vez en su vida comprendió que para abordar la grave cuestion que aturdió su cerebro era preciso mentir. Porque, ¿cómo decirle que el

conde de la Fé le habia hecho tan graves revelaciones?

Eso era comprometer á dos hombres, y Ángela, buena y cariñosa hasta lo inverosímil, dispuesta á sacrificarse por el padre de Daniel, creyó que no le seria difícil conducir la conversacion al punto deseado.

—Pues bien, Pedro: no debo ocultarte nada. He tenido un sueño horrible, espantoso: una pesadilla que en vano procuro desechar de mi pensamiento.

—Sepamos qué sueño es ese,—preguntó sonriéndose el general.

Ángela vaciló un instante: temia y deseaba al mismo tiempo abordar una cuestion para ella de la mayor importancia; pero por fin, haciendo un esfuerzo, añadió:

—He soñado que amabas á otra mujer.

—¿Estás loca?—contestó Lostan sin poder ocultar un movimiento de disgusto, que no pasó desapercibido para Ángela.

—¡Oh! Mi sueño ha sido horrible,—añadió la madre de Daniel mirando con una fijeza poco tranquilizadora al general;—tan horrible, que la sola idea de relatártelo me espanta y hiela mi sangre. Escucha, pues, Pedro mio, y comprenderás la razon de mi inquietud.

Ángela, que tenia aun cogidas las manos de Lostan entre las suyas, se quedó mirándole como si pretendiese leer en el fondo de su conciencia.

El general, sin poderse explicar la razon, comenzó á sentirse violento y como si no pudiera soportar la tenaz mirada de aquella mujer. Y es que hay momentos en la

vida en que no basta el valor ni la fuerza de voluntad para ocultar el grito que en el fondo del alma levanta el remordimiento.

Ángela, como si leyera en la turbada frente del hombre que tanto amaba, lo que pasaba en su conciencia, añadió con resolución:

—No sé por qué siento una inquietud dentro de mí que me da miedo. No es posible que á una mujer como yo se la engañe tan cruelmente, porque yo no te he ofendido nunca, ¿no es verdad, Pedro? Te he amado siempre, he sido una esposa sumisa y resignada, sin mas voluntad que la tuya.

—Pero, ¿te has propuesto desesperarme? ¿Á qué vienen todas esas palabras de doble sentido que me disgustan sobremanera y que en vano busco la esplicacion de ellas? Yo no concibo que pueda dársele á un sueño tanta importancia; pero aunque así sea, habla, á ver si por fin nos entendemos.

—Pues bien, Pedro,—contestó Ángela con resolución,—he soñado que habias dado el nombre de esposo á otra mujer, y que esa era la razon por la que hace dos años me obligas á vivir apartada de la sociedad. Y si este sueño fuera una realidad...

Ángela se detuvo, advirtió en el rostro de Lohan un cambio brusco, sus ojos despidieron rayos de ira y sus mejillas palidieron hasta tornarse lívidas: se puso en pié obedeciendo á un movimiento brusco, y frunciendo las cejas, exclamó con bronco acento:

—Tú no has soñado eso. Y

—¿Luego es verdad?—preguntó Ángela exhalando un grito.

—Antes de contestar á esa pregunta necesito yo dirigirte otras: ¿quién ha estado aquí?

—¡Dios mio! ¡Si será cierto!

—¿Quién ha estado aquí?—volvió á preguntar el general rugiendo de un modo amenazador.

Ángela, verdaderamente aterrada ante la idea de que las palabras del conde pudieran ser ciertas, exhaló un gemido, se cubrió el rostro con las manos y se puso á llorar.

El general, de pié junto al sofá, dirigia en derredor suyo miradas amenazadoras y se agitaba su cuerpo como impulsado por un estremecimiento nervioso.

—¿Por qué no respondes? ¿Por qué guardas silencio? ¡Ah! sospecho que algun miserable ha llegado hasta tu oculto retiro á turbar la paz de tu alma, á herir de muerte nuestra felicidad. Habla, habla, no me ocultes nada; por terribles que sean las revelaciones que debes hacerme, no te detenga ni el temor ni las consideraciones. Tú no has soñado lo que acabas de decirme, y puesto que la fatalidad nos coloca en esta situacion, es preciso terminarla.

—Sí, dices bien, Pedro; tenemos un hijo y por él debo arrostrarlo todo: soy madre, y el deber me pone en el caso de defender mis sagrados derechos. Ahora respóndeme á tu vez á la pregunta que voy á dirigirte: no temas confesarme la verdad, te amo demasiado y sabré sacrificarme. Eres el padre de mi hijo y nunca arrojare sobre tu honra la mas leve mancha: respóndeme, pues, con la mano puesta sobre tu conciencia. ¿Es cierto

que, olvidando tus juramentos y faltando á las leyes, has dado el nombre de esposo al pié de los altares á la marquesa del Radio?

El general exhaló un rugido, quiso hablar y la palabra se ahogó en su garganta. Llevóse la mano á la frente, retrocedió dos pasos, y haciendo uno de esos esfuerzos supremos que solo se comprenden en las grandes situaciones de la vida, dijo por fin con acento trémulo por la ira:

—Yo necesito matar al que te ha revelado ese secreto.

Esta exclamacion hirió como un rayo á la infeliz Ángela, que, exhalando un doloroso gemido, cayó anodada en el sofá.

El general Lostan estaba tan fuertemente preocupado, que en vez de socorrer á aquella infeliz cuya alma sensible estaba á punto de romperse, se puso á dar pasos por la habitacion, pronunciando en voz baja amenazas entrecortadas y levantando de vez en cuando los puños cerrados con ademan amenazador.

De repente se dirigió hácia el sofá donde estaba Ángela, y cogiéndola por un brazo, volvió á decirla:

—Puesto que ha llegado la hora de las esplicaciones, yo necesito saber el nombre de la persona que te ha dicho que la marquesa del Radio es mi esposa.

—¡Ah! Eso nunca.

—Pues bien, elige entre revelarme su nombre, ó separarnos para siempre.

—¡Separarnos para siempre!—repitió aquella mártir con un acento doloroso.—¡Separarnos para siempre! ¿Y nuestro hijo Daniel?

Esta pregunta causó un vivo efecto al general y contestó:

—Daniel será siempre mi hijo; yo no le abandonaré nunca.

—¿No le abandonarás? ¿Pero podrá él llevar el apellido que le corresponde sin arrojar sobre su padre una mancha afrentosa?

Hay preguntas á las que es difícil contestar. La que acababa de dirigir Ángela á Pedro era una de ellas.

Aquel hombre ambicioso, que no habia retrocedido ante nada para escalar una alta posicion social, se hallaba en presencia de una pobre mujer débil y abandonada que se convertia para él en un juez inflexible.

Cuando llegue el momento de que nuestros lectores lean el *manuscrito de una madre*, cuando las sentidas páginas escritas por la mano trémula de Ángela no sean un secreto para ellos, comprenderán entonces la terrible situacion del general Lostan en la modesta casa de Mohernando.

Pero continuemos nuestro relato sin violentar el órden de los acontecimientos.

El general Lostan, á pesar de lo violento de su situacion, comprendió que era preciso tranquilizar á Ángela y lograr con halagos ó con mentiras que no se efectuase un rompimiento que podia serle fatal.

Procuró serenarse, y confiando en el inmenso amor que Ángela le profesaba, dijo:

—Ya que te empeñas en ocultarme el nombre de la persona que ha venido, ó que te ha escrito para turbar

nuestra felicidad, no seré yo el que me empeñe en hacerte hablar, pues te amo demasiado para ejercer contigo la violencia. Yo no he venido aquí á ver tus lágrimas y oír tus sollozos, sino á disfrutar algunas horas lejos del bullicio abrumador de Madrid. Pensaba permanecer contigo y con mi hijo hasta mañana por la noche, pero voy á partir inmediatamente. Oye antes un buen consejo que puede ser muy provechoso para Daniel. Me conviene que nuestro casamiento sea un secreto; altas consideraciones me obligan á ello; si cometes la menor imprudencia, si das un solo paso sin consultarlo conmigo, si abandonas el modesto é ignorado lugar que te he designado, todo habrá concluido entre nosotros.

—¡Ah Pedro! tú no me amas,—contestó Ángela con un acento verdaderamente desconsolador,—porque si me amaras, en vez de emplear la amenaza, me dirigirias palabras de ternura y de cariño para tranquilizarme. Pero no temas, revélame la verdad, mi corazón es bastante grande, bastante generoso para perdonarte. ¡Qué me importa á mí el mundo! ¡Qué me importa la opulencia y las vanidades de esa sociedad que no conozco! Si tú, para ser feliz, necesitas mi sangre, dispuesta estoy al sacrificio! Seré una mártir, y si es cierto que has dado el nombre de esposo á la marquesa del Radio, antes de revelar al mundo tan repugnante crimen, yo sabré sacrificarme.

Y como Lostan permaneciera inmóvil y sin pronunciar una palabra, Ángela cayó de rodillas á sus piés, y juntando las manos con ademán suplicante, exclamó:

—Dime la verdad, no me ocultes nada. No te detenga

el daño que pueden hacerme tus revelaciones, acostumbrada estoy al dolor y al sufrimiento, ¡dichosa yo si á costa de mi vida puedo conseguir la felicidad de mi hijo y la tuya!

El general vacilaba, se pasó varias veces la mano por la frente, y por fin, levantando á Ángela del suelo se sentó á su lado en el sofá y dijo con un acento desesperado:

—Puesto que lo quieres, sea. Voy á arrancarme la careta ante tus ojos, vas á conocer todo lo repugnante de mi conducta, y luego...

El general se sonrió de un modo que hizo lanzar un grito de espanto á Ángela.

—Tranquilízate,—añadió Lostan:—una hora despues que termine la historia que voy á referirte, todo habrá concluido para mí, porque el general Pedro de Lostan con el pecho cubierto de condecoraciones sabrá levantarse la tapa de los sesos antes de que una mancha repugnante caiga sobre su frente, antes que el fallo de las leyes y la befa de la sociedad mancillen mi nombre.

El general hizo una pausa y luego comenzó á contar la historia de sus amores y su casamiento con la marquesa del Radio.

Nunca el hombre puede disculpar una villanía, jamás puede santificar una infamia... pero la ambicion habia cegado al general, haciéndole olvidar los mas santos, los mas sagrados deberes.

Ángela escuchó, temblando de espanto y pálida de emocion, la historia que aquella noche le referia el padre de su hijo, y su sencillo y virtuoso corazon apenas podia dar crédito á lo que oia.

Nosotros no podemos narrar á nuestros lectores lo que sucedió aquella noche en la modesta casita de Mohernando. Ángela es la que debe contarlo, porque escrito lo dejó en sus memorias con ese lenguaje sencillo del corazón y la mano trémula de la mujer conmovida que pretende disculpar un crimen.

Quando el general concluyó su historia, Ángela solo dijo:

—Yo te perdono; no temas nunca que mis labios te acusen. Sé lo que me toca, seré una mártir, pero tú vivirás considerado por todos aquellos que te admiran y te envidian: nada temas. Yo te juro por la vida de nuestro hijo, que guardaré tu secreto.

Pedro de Lostan cayó á los piés de Ángela, la cogió las manos y se las cubrió de besos y de lágrimas.

—¡Ah!—esclamó,—tú no eres una mujer, eres un ángel del cielo. Bendita seas una y mil veces.

Al día siguiente, Ángela y su hijo partieron de Mohernando para ir á establecerse en el pueblo de Horche, cerca de Guadalajara.

Algunas horas despues, el general Lostan se dirigia á Madrid, en donde volveremos á encontrarle.

Para aquel hombre, á quien la política de España no habia tenido mas que laureles y recompensas, comenzaba la expiacion de su crimen, y desde aquel día estaba destinado á vivir entre los hombres con la sonrisa en los labios y la muerte en el alma.

## CAPÍTULO V.

## Despues de tres años.

El conde de la Fé llegó á Guadalajara aquella misma noche á tiempo que pasaba la silla-correo de Zaragoza. Tomó un asiento de berlina y al amanecer se hallaba en Madrid.

Decian los antiguos que la venganza era el placer de los dioses, y como los hombres en todos tiempos han sido los mismos, por eso los modernos piensan en algunas ocasiones como los impuros adoradores de Vénus la prostituta y Mercurio el ladron.

Cuando el conde de la Fé se halló solo en su gabinete, volvió á leer con gran detenimiento la carta de Ángela.

Un pensamiento, escaso de nobleza, germinaba en su mente: remitir aquella epístola amorosa á la marquesa del Radio.

La lectura iba á producir buen efecto, atendidas las condiciones de carácter de Beatriz; por eso el conde, que no temia las consecuencias, escribió las siguientes líneas sobre una elegante hoja de papel vitela:

«Señora marquesa del Radio.—Yo estaba muy lejos de creer que algun día me vería en la necesidad de coger la pluma para dirigir á usted una carta; pero el hombre, hijo de las circunstancias, no es fácil que lea los acontecimientos que la casualidad va creando en derredor suyo.

»Esa misma casualidad ha puesto en mis manos una carta que, arrancando la máscara á un hombre hipócrita, hará comprender á usted hasta dónde llega la pureza de los sentimientos de aquel á quien usted juró eterno amor al pié de los altares.

»Remito á usted, pues, la indicada epístola, y si necesita saber mas pormenores, me tendrá dispuesto á servirle, porque yo no puedo olvidar que en otro tiempo, no muy lejano, amé á usted y tuve tal vez la ridícula pretension de creer que era amado.

»Yo sé que el general Lontan, si leyera esta carta, vendría á pedirme una satisfaccion; pero autorizo á usted para que haga de ella lo que mejor le convenga, porque me importaría muy poco que el llamado marqués del Radio viniera á proponerme un duelo.

»No me juzgue usted ni pretencioso ni fanfarron: mi mano traza las presentes líneas sin temblar, porque las dicta una conciencia tranquila y un corazon sereno: dichoso yo si con esta revelacion, que ha de causar á usted indudablemente algunos disgustos, puedo asegurar para mañana la tranquilidad de usted y la ventura de su hija.

»El asunto me parece bastante delicado; méditelo

Las

# FÁBULAS DE ESOPHO,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

TRADUCCIONES LATINAS DE FEDRO, AVIZON, VIKO, PELLIO, ETC.

acompañadas de un nuevo método de estudio sobre la moral y de bellas ilustraciones para los niños. Autor: Esopo.

POR EDUARDO DE MIRAS

BASES DE LA PUBLIACION

Las Fábulas de Esopo, publicadas en forma de pequeños cuadernillos, forman un conjunto de más de 100 artículos, repartidos entre todas las que se publican en este número.

Cada artículo contiene de 2 páginas en blanco, perfectamente impresas y numeradas, a cada una de las que se refiere.

Porque además de ser una obra de gran utilidad para la enseñanza de la moral y de la historia, también ilustra y esclarece al lector sobre los hechos más conocidos.

A fin de popularizar las magníficas obras de Esopo se publica esta colección de UN REAL en toda España.

BASES DE LA PUBLIACION

# LA CARCAJADA.

(ESTRELLA DE UN BUEN HIJO)

Novela de costumbres

de

ERNESTO GARCIA LADEVEZE

Recopilación ilustrada de fábulas de Esopo, dirigidas por el autor. Autor: Esopo.

D. EUSEBIO PLANAS

A LA ENTREGA DE TODA LA ENTREGA

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS  
**FÁBULAS DE ESOPPO,**

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico  
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

**POR EDUARDO DE MIER.**

BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escadan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en fôleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reúna las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de **UN REAL** en toda España.

OBRA EN PUBLICACION.

**LA CARCAJADA.**

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

**ERNESTO GARCIA LADEVESE.**

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

**D. EUSEBIO PLANAS.**

**A UN CUARTILLO** de real la entrega.

Imp. de Ramirez y C.<sup>ta</sup>